



FLORENCIO SÁNCHEZ

El dramaturgo uruguayo que penetró en el fondo de las almas atormentadas

H

OMBRE sin carácter es un muerto que camina", dice un personaje de "Los muertos", el magnífico drama del uruguayo Florencio Sánchez. Algunos críticos o comentaristas han creído ver en estas palabras un autorreproche, es decir, una acusación de Florencio Sánchez contra sí mismo, contra su debilidad, contra su falta de carácter. Nada más falso. Nada que menos refleje la personalidad del gran escritor.

Florencio no fué un hombre sin carácter; fué un tímido y un enfermo de cuerpo, con una enorme penetración para evidenciar las pasiones humanas. Pero nunca subyugado por el resentimiento de su dolencia—la tuberculosis—, ni por el peso terrible de sus desgracias o de su mala suerte. Era bueno. Vicente Martínez Cuitiño, que le conoció y prologó su obra titulada "Barranca abajo", escribe: "No conocí un ser más bondadoso ni más infortunado que Florencio, acaso porque, como lo afirma uno de sus más sombríos personajes, la desventura es el efecto inmediato de la bondad."

Florencio Sánchez nace en Montevideo el día 17 de enero de 1875. Su primera infancia muéstrase como envuelta por un dorado velo de ternura. Florencio parece no querer hablar muy concretamente de sus padres, pues nos transmite los recuerdos de su niñez con un tono huido, de encanto extraño y remoto. Como un sueño de promesa incumplida.

Pronto empieza a sufrir, a luchar. Recién cumplidos los trece años, inicia su existencia de azares y hambres. El mundo rioplatense es a sus ojos un panorama de miserias, dichas inasequibles, sosiegos lejanos o privativos de los que trajeron al nacer la buena estrella del hogar. Florencio es un niño errabundo y solitario. No tarda en hacer acopios de dolor. Pródigamente, a manos llenas, se

los ofrece la vida. Y él los va gustando y depurando a conciencia. Reflexiona sobre lo que su mirada abarca y su corazón padece. ¡Qué pupilas más dilatadas debieron ser las suyas ante el espectáculo y los trabajos que le modelaron!

PEON CARGADOR, LADRON DE TELEGRAMAS Y COLECCIONISTA DE DELINCUENTES.—FIEBRE DE DIALOGOS Y DIALOGOS DE FIEBRE

Penosa vida. En la ciudad capital de la provincia bonaerense, La Plata, se entrega a los quehaceres más duros: mozo cargador de la aduana y el puerto, ese hermoso puerto natural de La Plata, origen de tantas fortunas y cómitre de tantos forzados. Ningún fuerte oficio le niega a Florencio su bendición, su pan exigente. Es el hombre que sirve para todo—lo que sea—, porque le falta todo para vivir. Aunque pronto le sobre todo para crear. A los catorce años ya escribe cuentos y crónicas, "con las honestas faltas de ortografía que conservó hasta la madurez".

Nada depuso a Florencio Sánchez de su bondad ingénita, de su fina y bravia comprensión, de su culto a la amistad. Apenas comenzó a bracear por la vida, le surgieron amigos. Su soledad pueril se hizo sociedad afectuosa con aquellos que

le trataron y supieron conocerle. Pero sus amigos eran soñadores pobres, como él, o gentes que dejaron de soñar cuando Florencio iba a dejar de existir. Antonio Monteavaro, Martínez Cuitiño, Luis Doello Jurado, José Ingenieros, Juan José de Soiza Reilly y, sobre todos, Joaquín de Bedia... Todos le quisieron y le admiraron. Y con algunos de ellos iba Florencio a hurtar hojas de telegramas para escribir sus comedias. ¿Cómo?... Llegaba a las oficinas de Telégrafos... Mas dejemos hablar a Soiza Reilly, que tan gráficamente nos lo refiere en su artículo "Florencio Sánchez y el drama de su vida": "Entraba moviendo la cabeza para todos lados. Hamacaba los brazos como los indios viejos. Echaba una ojeada sobre las ventanillas para cerciorarse de si los telegrafistas le veían. Buscaba un bloc de formularios. Se arrimaba a un pupitre y hacía como si escribiera algún despacho. Después, echando todo el cuerpo sobre el pupitre, doblaba el bloc. Se lo metía en el bolsillo. Y saltaba, moviendo la cabeza y hamacando los brazos. Riéndose como un niño, por dentro y por fuera. Era tal la costumbre que tenía de escribir sus obras sobre hojas telegráficas, que años después iba aún al telégrafo y compraba formularios para escribir sus dramas.

"—Pero Florencio... Yo te puedo mandar a tu casa buen papel. Me lo dan en la imprenta..."

"—Gracias, viejo. ¿Sabes? Anoche me puse a escribir en un papel satinado que me dió Ingenieros. No me salía nada. Estuve tres horas peleando con la pluma para borrar una escena y todo se me frustró. ¿Sabes por qué? Porque no era papel de telegramas... La mañana, che."

Entre los tristes y varios empleos que Florencio Sánchez tuvo que ejercer, merece nota y noticia destacadas su condición eventual de funcionario de la Oficina Antropométrica de La Plata, que dirigía D. Juan Vucetich. El trabajo de Sánchez en tal sitio se reducía a "tomar las impresiones digitales de los delincuentes". Bien debió aprovechar su menester oficinesco el dramaturgo en aquel desfile de carne de presidio que ofrecíale obligadamente su mano. Fué durante los años 1893 y 1894. Allí vió Florencio mil caras y cataduras que tanto le sirvieron para personalizar la realidad de esa fauna de bajo fondo que pinta magistralmente en algunas obras, como "Moneda falsa", cuadro siniestro y desgarrado de los grandes suburbios platenses.

Detalle curioso—ya consignado también por Soiza Reilly—es que, cuando la Oficina Antropométrica dejó de funcionar por falta de recursos, Sánchez y otros empleados ofrecieron seguir su trabajo sin remuneración alguna, lo cual fué aceptado. "Todos los empleados, por consejo de Florencio, trabajaron sin sueldo. Sánchez, por ese bello gesto, quedó sin recursos. Debía varios meses de pensión. La patrona lo echó. Y durante quince días, cuando todos los empleados se iban a sus casas, él se ocultaba en el fondo. En un gallinero. Allí dormía..."

La juventud del dramaturgo era un camino ininterrumpido de insatisfacciones y amarguras. Su naturaleza se quebraba. No eran escasos los días de ayuno, y eran frecuentes los de una sola y parca comida. Florencio escupía sangre. Tosía con una tos que rasgábale el pecho y le dejaba casi exhausto. Pero no por esto cesaba de trabajar, de escribir diálogos y diálogos sobre aquellas hojas de los telegramas. Y en el anverso y el reverso de estos formularios de rapidez e inquietud, se encerraron la mayor parte de sus creaciones dramáticas: "M'hijo el doctor", "Los muertos", "Nuestros hijos", "Los derechos de la salud", "En familia", "Barranca abajo", "La gringa", "El pasado", "Pobre gente..."

"M'HIJO EL DOTOR" Y "LOS MUERTOS". DE BLANCA PODESTÁ A JOSE TALLAVÍ

Un gran señor de la bohemia, Masón de Lis, fué de los que más y mejor alentaron a Florencio Sánchez en su labor literaria. Este no cesaba de producir. Su rostro pálido, encendido por la fiebre, se inclinaba, y la pluma tenía prisa, mucha prisa, porque los dedos de la conducción sobre el papel no siempre podían atenderla. De vez en vez precisaban buscar el pañuelo para que el "indio dramaturgo" le marcara con los rojos signos de su pecho. Era un horario de sangre, sin tiempo que perder, pues las horas estaban contadas...

Además, la pobreza implacable no le daba tampoco lugar de descanso. Los días se presentaban con su gesto hosco como huéspedes de una administración extremada. Florencio tenía que echar dramas a las fieras, vendiendo sus obras en tres actos por quince pesos. A cinco pesos el acto. No era para quejarse, ¿verdad, che? También la caridad se ocupa y hasta se preocupa por la literatura. ¡Ahí es nada, plata contante y sonante, de verdad, por unos renglones mal trazados en un papel inferior que no había costado al usuario ni un céntimo! Es decir, pagar derechos de propiedad por lo que apenas era propiedad del escritor. Si acaso, sólo la tinta. Aunque tal vez—casi seguro—ni la tinta era de legítima procedencia.

Así, tiempo, el tiempo más precioso, el único, el de la juventud, hasta llegar al año de 1903, en cuyo 13 de agosto estrena Florencio Sánchez "M'hijo el doctor", ese hermoso drama de la maternidad, del amor puro y noble. La obra se representa gracias a las gestiones del amigo entrañable, generoso, Joaquín de Bedia—"el niño viejo de las barbas hirsutas", según el decir de un gran publicista—. El acontecimiento tuvo por escenario el del teatro Comedia, de Buenos Aires.

Oigamos ahora a Blanca Podestá, principal intérprete de las heroínas teatrales de Florencio:

"Una tarde, siendo la hora del ensayo, apareció Ezequiel Soria, el director artístico, con un jovencito flaco, huesudo y astroso, que apretaba en la diestra un puñado de cuartillas. "Señores—díjonos Soria—, he aquí un gran autor futuro. Tengo el agrado de presentárselo a ustedes."

"Recuerdo que la mayoría de mis compañeros rieron incrédulos, posando la mirada en su calzado maltrecho y en su traje harapiento. El joven iba dándonos la mano a todos con timidez, sin desplegar los labios. Antes de irse nos dejó la obra, que traía escrita en formularios del telégrafo. La leímos. Nuestra impresión fué magnífica. Los ensayos se hicieron activamente. Pero faltaban pocos días para el estreno y no era dado ver al autor por el teatro. Entonces la dirección supo que los porteros le habían negado la entrada al verlo roto, confundiendo, sin duda, con un atorrante. "¡Hay que darle un anticipo!", dijo el empresario. Y así se hizo. Entonces el muchacho se compró un traje decente. El éxito del drama fué atronador. El teatro se venía abajo con los aplausos. Cuando salimos en compañía del joven al proscenio, las lágrimas rodaban, cálidas y unánimes, por sus atezadas mejillas. ¡Qué intensa emoción!...

"Vacía la sala, Florencio, mudamente, corrió a mí, apretándome con sus brazos desmesurados. En los ensayos, ni le habíamos oído respirar..."

A partir del estreno de "M'hijo el doctor", los éxitos de Florencio Sánchez se suceden. El Marlowe del Río de la Plata, como le nombrara unos años después Vicente A. Salaverri, conmueve al público con sus producciones, de un realismo caliente y escalofriante, de viva fotografía social y buído corte humano.

En efecto. Es enorme la penetración de Florencio, tanto en las almas bárbaras o simples del agro como en las maleadas o vencidas de la urbe. Como todo hombre de genio, obtiene la universalidad de los caracteres a través de la particularidad—del localismo—de los tipos.

Salaverri nos habla de un estudio inédito de Emilio Frugoni, el fino crítico americano, sobre la obra total de Florencio, y reproduce algunos párrafos de dicho estudio, que sintetizan acabadamente lo que el teatro del uruguayo significa:

"Después de haberse revelado tan sagaz observador de las cosas y los seres del campo, se consagra como el más fiel pintor con que cuentan en nuestro teatro ciertos aspectos de la metrópoli; por ellas—sus obras—hace desfilar la abigarrada multitud de esos tipos de barrios bajos que él ha sabido retratar como nadie; en ellas nos ofrece esos notables estudios de ambiente en que nadie ha podido sobrepujarle; y de ellas, por último, se desprende, a modo de una muda y amarga protesta implícita, la miseria, la sombra y el dolor acumulados en el seno de las grandes ciudades.

"Pero la obra que se destaca como una cumbre en esa faz de la evolución del teatro de Sánchez, la que verdaderamente indica la amplificación de sus facultades, el desarrollo de su potencia creadora, es "Los muertos", drama angustioso, de una fuerza trágica irresistible, de un naturalismo violento, casi chocante, que hace sufrir y hace pensar, y nos mantiene sujetos, como cogidos por la cerviz con duras garras implacables, doblegados sobre una sima pavorosa. Estamos en pleno drama social. El autor ha ampliado el círculo de sus concepciones; dará a sus obras más importante trascendencia; con ellas libraré grandes batallas, que tengan por campo toda la sociedad o sugieran la preocupación de graves cuestiones colectivas. Excediendo el alcance puramente nacional, surge el universal.

"El dramaturgo, sin apartarse de su medio, extiende su vista sobre toda la vasta esfera de la existencia contemporánea, y se dirige no ya solamente al alma de una nación, de una raza o de una colectividad humana, sino también, por encima del significado particular que pueden tener sus producciones como representación de un ambiente, al cerebro y al corazón de todos los pueblos civilizados..."

Sí. "Los muertos" es la obra maestra de Florencio Sánchez. Sombria como él. Pero de una verdad aleccionadora, indubitable. Es la primera obra de



Florencio que entra en España. Y fué estrenada por José Tallaví—el mismo insigne creador de "Espectros", de Ibsen—en el teatro Español, de Madrid, el año de 1913.

PENSIONADO POR EL GOBIERNO URUGUAYO.
AMOR Y MUERTE EN MILÁN

Cuando todos los públicos rioplatenses han aclamado a Florencio Sánchez, el Gobierno uruguayo le concede una pensión para que pueda viajar por Europa y conocer en su propia escena el teatro de dicho Continente. Pero Florencio ya es un incurable. La tisis le había hecho suyo antes, mucho antes, que la celebridad. Añádase a esto el poco cuidado que el dramaturgo otorga a su salud. No es un dominado por el alcohol, como otros compañeros de bohemia, mas tampoco le disgusta una copa de ajeno, ni el tirón de una ninfa fácil, ni la velada de una noche en torno a excesos más o menos literarios.

Florencio Sánchez sufre y disfruta dejándose a cada momento, a cada paso, en las esquinas y en los cafés, los reposos que su naturaleza y su imaginación necesitan. Y así va por este mundo de Europa, rápido, lanzado, sonámbulo de teatralizaciones agobiadoras. Va barranca abajo, como los héroes de este su gran drama rural.

Italia... Italia fué siempre una de las ilusiones viajeras de Florencio. Pero las nobles ciudades italianas apenas le pueden ofrecer otra cosa que esperanzas... para más adelante. Cuando el organismo del escritor se rehaga o vigorice un poco. Han sido densos los años de privaciones. Han sido muchos los días de pensamiento y angustia. De fatiga. Muchos... Son treinta y cinco años, Señor.

Florencio reflexiona si no sería mejor—ya—adelantar unos pasos a la muerte, echarle una manita.

Callorda, el cónsul de Uruguay en Milán, llega a casa de Sánchez en el momento en que éste suspende una cuerda del travesaño de un montante. Casi todo está preparado. El nudo corredizo pendulea como una invitación de hora final en finibusterre casero.

—¡No, viejo! ¿Qué idea le dió!—dice, severo, Callorda.

El autor de "Los muertos" se denuncia, arrepentido. Sí. Es una locura. Hay que vivir. ¡Vivir! Regresar a los campos del Plata.

Y Florencio parece recobrase. Es por ahora cuando surge una mujer en su vida. Sánchez no era—nunca lo fué—un misógino. No sabemos, desde luego, de ninguna pasión que le haya embargado. Pero saboreó del amor femenino lo que éste tiene de fugaz, lo que le permitían—o le prohibían—su labor y su dolencia.

Una noche, en un café de Milán, donde se reúne con algunos artistas—pintores y escultores—, conoce a una muchacha. Es rubia, de nacionalidad ignorada. Su nombre no ha llegado a nosotros. Sin embargo, sospéchase que no usaba el verdadero. ¿Era, entonces, una mujer o una sombra?... El autor americano empezó a sentirse cerca de aquella chica de aventura o de infortunio. De ambas cosas, seguramente. Florencio la propuso que le siguiese a América; le habló de proyectos y empresas, de una casita en la campaña, donde vivirían. Ella se entusiasmaba o fingía entusiasmarse... Hasta un día en que le vió cómo ocultaba, pálido, un pañuelo mal doblado... El joven trata de excusar, de disculpar aquel escamoteo de su morbo inseparable. Habla, explica; nos parece verle y oírle bajo la vergüenza, el pudor de una mentira que no puede con la pesadumbre de la verdad.

La muchacha no volvió ¿Qué hacer? Nada. Sonreír, y luego, solo, regresar a América.

Pero Florencio no regresa. Se queda en Milán, recostado para siempre, una madrugada. La madrugada del 23 de noviembre de 1910. El aire frío que entra por un balcón abierto de par en par le seca su última hemoptisis.

FLORENCIO SANCHEZ Y LA ACTUALIDAD

La escena y la crítica de hoy han olvidado casi por completo a Florencio Sánchez.

Es incomprendible. En la obra del autor uruguayo hay no sólo atisbos, sino realizaciones de sensibilidad dramática actual. Sus ambientes porteños, sus tipos psicopatológicos, su humanidad desgarrada y claudicante, no desmerecerían en el marco del teatro que vivimos. Sobre todo, ese calor inequívoco de los caracteres logrados, esa fuerza—por sí sola—de las situaciones, no puede haber dejado de interesar al alma contemporánea.

Todo lo contrario. El hombre de ahora, o mejor el público de nuestros días, siente como la necesidad de su propio drama y se recrea y sufre, siendo espectador despiadado de sí mismo. De su herencia, de sus errores; en suma, de su contumacia.

¿No sería interesante hacer desfilar el panorama representativo de los héroes de Florencio Sánchez, en paralelo o combinación, con esos tipos dramáticos que responden a la inquietud, a la angustia de nuestra hora?

J O S É V E G A

(Ilustración y retrato de Florencio Sánchez por F. SÁEZ)

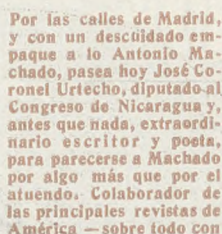
Nuestros COLABORADORES



El joven poeta colombiano Eduardo Carranza, cuyo retrato, como contrapunto, aparece en la página 20, publica en este número dos de sus composiciones: "Muchacha como isla" y el soneto a Teresa. Si el apunte se repite aquí, ya en positivo, es para subrayar que el "Preludio para un himno", de nuestra página tercera, con el que se abre la letra de este número, pertenece a la firma de este escritor colombiano, que tanto influye en las generaciones literarias de su país. Son tomos suyos, de poesía: "Canciones para iniciar una fiesta", "Seis elegías y un himno", "Ella, los días y las nubes", etc.



Si existe una poesía de los números, su quid debe poseerlo Enrique Blanco Loizeller (n. en Salamanca, 1916), doctor en Ciencias Exactas y profesor de Problemas especiales de Estadística Económica en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid. Pensionado, amplió estudios en las Universidades de Columbia, Chicago y Stanford, y asistió a numerosos Congresos de Estadística en Berna, en los Angeles o en San Pablo de Minnesota. Es miembro de honor de la American Society Quality Control (Sección de Iowa), de la Económica de la Universidad de Chicago y otras muchas entidades extranjeras.



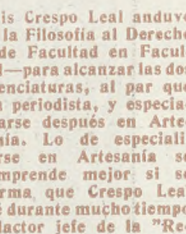
Por las calles de Madrid, y con un descuidado empaque a lo Antonio Machado, pasa hoy José Coronel Urtecho, diputado al Congreso de Nicaragua y, antes que nada, extraordinario escritor y poeta, para parecerse a Machado por algo más que por el atuendo. Colaborador de las principales revistas de América—sobre todo con sus magistrales novelas cortas—, político, historiador e hispanista; viajero del Norte americano, con una larga estadía, y hoy—vital y filosófico—en España, Coronel Urtecho, que nació en Granada (Nicaragua) hace 42 años, es en su país el maestro de toda una generación política y literaria.



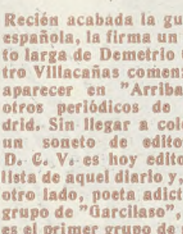
Este mejicano (n. 1883), que ocupó, durante muchos años, la cátedra de Historia de la Cultura Iberoamericana, en la Universidad de México, es hoy subdirector del diario "Excelsior", de aquella capital. Entre cátedra y libro, con el periodismo alternó misiones diplomáticas, y así, en 1919, Xavier Sorondo fué encargado de Negocios en Buenos Aires y, después, en Montevideo y La Paz. Xavier Sorondo sólo vive hoy para el periodismo y los libros: entre sus obras figuran "Bajo la Cruz del Sur", "Estampas de torería"—de gran lujo, con ilustraciones de Ruano Llopis—, "Poemas mejicanos" y "Aleros al pasado".



Luis Crespo Leal anduvo de la Filosofía al Derecho—de Facultad en Facultad—para alcanzar las dos licenciaturas, al par que era periodista, y especializarse después en Artesanía. Lo de especializarse en Artesanía se comprende mejor si se afirma que Crespo Leal fué durante mucho tiempo redactor jefe de la "Revista de las Artes y los Oficios", de Madrid. Este hombre, que nació hace treinta y ocho años en la provincia de Cuenca, colabora en numerosos periódicos españoles y americanos—entre ellos "Arriba", de Madrid—, según él, ya que no filósofo de plantilla o jurista, es poeta: poeta lírico.



Nació en Pamplona, pero es bachiller por Logroño, maestro superior por Zaragoza, inspector de Primera enseñanza por Madrid y abogado por Oviedo. El mozo que estudie de esta forma trahumante seguirá viajando toda su vida, si quiera sea por inercia, aunque en el caso de Antonio J. Onieva—hoy Director general de Prensa, Radio y Turismo en Marruecos—cuenta antes su inquietud viajera. Así, en idas y venidas, conoce Europa de punta a punta. Dió conferencias en Bruselas, Milán, Berlín, Haarlem... Dirigió periódicos y publicó muchos libros: "Entre montañas"—premio Nacional—, "César Borgia", etc.



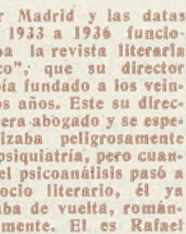
Recién acabada la guerra española, la firma un tanto larga de Demetrio Castro Villacañas comenzó a aparecer en "Arriba" y otros periódicos de Madrid. Sin llegar a colocar un soneto de editorial, D. C. V. es hoy editorialista de aquel diario y, por otro lado, poeta adicto al grupo de "Garcilaso", que es el primer grupo de poetas de la postguerra española. Entre soneto lírico y artículo político, D. C. V. se hizo doctor en Derecho, fué director del semanario "La Hora", es hoy subdirector de la revista doctrinal "Unión" y publicó "Epístola y tres poemas más" y "Elegía a los muertos lejanos". (Nació en Cuenca, 1919).



La rúbrica de Hugo Rocha—n. Oporto, 1906—, cuyo estudio sobre la samba ha servido de base para la información que ofrecemos en la página 31, aparece desde 1922 en los periódicos portugueses y brasileños. Poeta, novelista, ensayista y periodista, el secretario de Redacción de "O Comércio do Porto" igual escribe sobre fonomenología que sobre folklore. Con "Bayete", volumen de crónicas africanas, ganó en 1933 el Concurso Literario de Periodismo, de Portugal. Entre sus doce libros figuran: "Primavera nas Ilhas", "O problema dos fantasmas", "Análise ao pensamento de um zoilo" y "Poemas exóticos".



Por Madrid y las datas de 1933 a 1936 funcionaba la revista literaria "Eco"; que su director había fundado a los veintidós años. Este su director era abogado y se especializaba peligrosamente en psiquiatría; pero cuando el psicoanálisis pasó a negocio literario, él ya estaba de vuelta, románticamente. El es Rafael Vázquez-Zamora (n. en Huelva, 1911), que si dejó la psiquiatría, dobló su entrega a la crítica literaria, que hoy ejerce desde "Destino", de Barcelona. Especialista en la actual novela, el secretario del "Premio Nadal" ha publicado espléndidos estudios sobre novelistas ingleses y americanos.



Unos se enamoran del viejo Madrid y otros del siglo XIX, sea de Madrid o de Montevideo. José Vega—madrilloño (n. en 1906)—se entusiasmó con los dos temas, y tras las primeras obras de juventud, con una novela inicial (1925) que prologó Benavente, y de una temporada en París, que la pasó escribiendo de teatro, se dedica a la biografía, mientras traduce a Horacio y a Epicteto. Publicó "Luis I de España", "Don Ramón de la Cruz"—premiada por el Ayuntamiento de Madrid—y "Máiquez". Inquieto y ágil, prepara ahora la biografía del famoso torero Pedro Romero y una historia de la Literatura.

El orden de colocación de las anteriores notas biográficas se corresponde con el de la inserción de los trabajos que figuran en el número.

La nota biográfica de Bodo Wuth—autor de la "foto" de la portada—aparece en la pág. 19 del número presente. Las de Ernesto La Orden y Manuel Sánchez Camargo han sido publicadas en el número primero. Y la de Eugenia Serrano, en el número cuarto.